

El Estilo

Disertación sobre Estética

(Conclusion—Véase el número 592)

Peinar el estilo era para Byron frase inútil. No había para él cabeza de mujer mas hermosa que aquella cuyas trenzas caían en desorden sobre la frente y el turgente pecho, entremezcladas con flores de sutil veneno. Así se le antojaba fuese el estilo. La estrofa debía ser magnolia que embriaga y marea, copa de marfil que contuviese néctar y lágrimas de los ojos de su querida, incensario de aromas fuertes con fuego perenne que mantuvieran el devaneo y el delirio en defecto de la fé y de la ilusión. En el *Childe Harold* no hay variedad.

El estilo byroniano era así la explosión ardiente del dolor poético, terminado en risa de loco.—Faz inundada de lloro que deja ver una boca entreabierta de labios trémulos y marchitos, contraídos nerviosamente por la costumbre de la queja y el ansia de reír. Los afectos supremos se reflejan en ese estilo con fuerte colorido. Suele ser monótono y personalísimo.

hay una boca que me dá su aliento,
para beber mi aliento hay una boca,

Y despues de haber sentido mucho, y de haber sufrido más, el corazón se crée con vigor para querer... Dejad á un desgraciado el consuelo de amar.

Byron cojeaba.—Si el estilo es el hombre, no es extraño que cojease tambien de vez en cuando.

Es que el poeta rubio, de ojos azules, cabeza apolina en busto de Antinoo, terminaba en desnivel. Había nacido en mala hora para sus sueños. Ya no se coronaba á los bardos en el Capitolio. El sentimiento estético había decrecido cuanto habían avanzado las ciencias y la industria; entre las nieblas y las rocas, como un pájaro aterido, entre el ruido de las fábricas y el humo de las usinas, el poeta se sentía con náuseas, enfermo y desequilibrado.—Cuando se lanzó á las borrascas de la vida dejando aquí y allá fragmentos de su alma por él mismo con placer desgarrada, y esperanzas risueñas de su juventud, por él mismo cubierta de duelo, aceptó el rol que le asignaba la sociedad de entonces (1).

Pero, leyendo con detenimiento sus versos, y

(1) CHATEAUBRIAND: *Essays on the English literature*.

estudiando con severidad su estilo, crée uno ver cruzar por los sitios alegres á dó se dan cita todas las mascaradas de la vida, á un poeta que vá vestido de crespon sin que ningun deudo se le haya muerto (2).

Tal vez él se figurase que el mundo positivista ó indiferente había enterrado su ideal, pero la verdad es que el mundo solo se preocupó de él cuando hubo inclinado para siempre su pobre cabeza, cansada de delirios, sobre el mármol de las ruinas que un día fueron mansion del arte y templo del ideal.

La verdad es que este delirio insano de una literatura ruinosa, por decirlo así, no halaga ni seduce el sentimiento moral.

El estilo romántico, por el contrario, alienta y dignifica las pasiones. Es su faz culminante. Bien cierto es que sus intérpretes dan casi siempre sin recompensa, y de ahí la queja de las almas superiores, si queja puede llamarse á lo que en rigor puede ser una resignación severa.

No conceden nada al apetito, poco á la fria realidad de la existencia. Consienten en que ese prodigioso conjunto de células que se llama organismo humano, suele arrastrarse sin pudores; pero el vicio tiene tambien su lado disculpable si proviene, sobre todo, de las maldades del número que busca víctimas.

Esos seres superiores que pueden eludir el egoísmo por las delicadas condiciones de su naturaleza selecta, llevan en sí dulces compensaciones, siquiera la embriaguez de los ideales.

Es preciso, desde luego, dejar á los tristes el consuelo de soñar.

Hay una satisfacción tan grata en esa vida interior;—entrañan un bien tan dulce esos pobres delirios que á nadie ofenden,—que fuera cruel el zaherirlos.

El alma que sabe soñar, es el alma que vive por sí misma; no existe de prestado. Tiene un cielo aparte, sus constelaciones luminosas, sus ángeles sin mancha; adora el bien por el bien mismo y siente necesidad del dolor, como de un manantial inagotable de espontaneidad y sublime generosidad. Esas almas os hablan un lenguaje parecido á música regalada; os muestran su cielo aparte, y os dicen:—aquel ángel que por allí vaga con labios de mármol, ojos de perlas negras y cabellera de luz, es el deber severo; aquel astro con sus cuatro alas de esmeralda tendidas en el vacío, que mira hácia la tierra, arrojando siempre

(2) Su vida tempestuosa, dice Schu'tó, se desenvuelve como un poema accidentado en el que él es el héroe, y se nos aparece como un viajero desesperado hácia la tierra prometida de un ideal desconocido, trágica odisea del poeta en busca de la poesía perdida en nuestra Europa moderna

vivas, es la esperanza que acompaña al espíritu hasta la entrada misteriosa de una vida inmortal. Cuando asoma su cabeza hermosa por los balcones del mundo, á su aliento se estremecen los átomos y se convierten en luz. ¿Y no conocéis aquella figura blanca y elongada, con las manos juntas, que semeja una lágrima suspendida sobre un puente negro?—Es la imagen de nuestra oración, la oración de Victor Hugo.

Este estilo os impone, porque propiamente es impersonal, descubre el secreto íntimo de vuestra alma como si vosotros mismos lo hubieseis revelado; y en ese desentrañamiento de deseos vagos y de ansias indefinibles, de melancolias eternas y de pesar profundo, os preguntais si en realidad el poeta es ó no un oráculo. La pasión en alas de la fantasía, ha dicho Büchner, alcanza á do no llega la inteligencia.

Existen dos estilos, en los que la fantasía se divorcia del orden natural de las ideas y de las aspiraciones humanas; el de Póe y el de la escuela heinista.

Edgard Póe no ha tenido imitadores. Su estilo se parece á un árbol fúnebre, á uno de esos cipreses sombríos que semejan las formas de un corazón elongado con el vértice hácia el cielo, en cuyo seno oscuro y misterioso van á anidarse los destellos fosforescentes, que á manera de lágrimas azules, se desprenden de las tumbas en alas de la noche.

Póe necesitaba calor para su cerebro frío, y habia en él como una llamarada perenne, sudario de fuego en que de exprofeso envolvía su intelecto ántes de producir.

Inspiraciones del ajeno, verdosas y lúgubres!

Esta literatura de cementerios, estraña y triste, monótona y fantástica, nacida entre las nieblas del Norte, y que alguna conexión tiene con Hoffmann, carecía de ideal.

La escuela heinista tiene frases ambiciosas, giros rápidos, fugaces círculos de ideas; quiere concentrarlo todo en una expresión de fuego ó de hielo.

Es el estilo de las impresiones íntimas; hiere la fibra de golpe, la postra y la abate, porque los sentimientos que presiden á la inspiración tienen más punto de contacto con las nostalgias de un desterrado, que con la fé de las almas viriles.

Becquer imitó á Heine y decirse puede que lo ha sobrepujado en sus rimas, con esta diferencia: que el primero en su prosa es tranquilo, reposado y sensato, como en las *cartas desde mi celda*, y en sus estrofas expresa desencanto, fiebre, delirios de insomnio, todo á veces envuelto en la oscuridad.

Como Byron, el poeta se queja á su manera. Tiene más de mil versos destinados á su propia pena, cosa que interesaría á él, pero no á la humanidad, que necesita del ideal y que lo acepta—cuando brota del dolor posible, común á todos. Por eso el estilo impersonal, el verdadero estilo, es variado y profuso: habla á todos los sentimientos del género humano como si el poeta reconcentrase la humanidad entera en sí mismo, y la explicase.

Los heinistas viven del vértigo producido por una excitabilidad profunda de los nervios, y concluyen siempre mal. Heine murió de enfermedad nerviosa; Becquer de una inflamación del pericardio.

Becquer habia estudiado algo á Musset. Su rima *Volverán las oscuras golondrinas...* no pertenece en rigor á la poesía heinista, ni posee carácter becqueriano, á pesar de rehuirse siempre en ella el consonante. Lleva impreso el sello de aquel otro poeta personal, pues el *yo* se lamenta ahí como en todos sus versos.

Para resumir en una estrofa pensamientos profundos es preciso habituar el criterio á la tarea de composición y descomposición, de análisis y de síntesis, desentrañar la verdad pura, concisa y enérgica de entre los celajes del espíritu y de la fantasía, despojada de eflorescencias y polvo dorado, lo mismo que la piedra fina de la materia bruta; tarea á lo Tácito que se ha querido imitar sin obtener éxito completo por Maquiavelo y David Hume.

Entre nosotros, los *lieder*, la poesía lírica alemana, se ha difundido y amenaza echar raíces. El *Intermezzo* de Heine y las rimas de Becquer avasallan ciertos gustos é inclinaciones. Pero muy pocos serán los que logren identificarse con esos poetas singulares que nacen «al brillar de un relámpago», que saben «un himno gigante y estraño», y que dicen á una mujer muy parecida á la Spirita de Gauthier, porque su tipo en realidad no existe: «antes que tú me moriré....»

Salvo excepciones que honran las letras y la poesía de América, la imitación es el *loco dolenti*, como si dijéramos, la llaga de nuestra literatura. La estética americana solo tiene albores.

En el estudio de los grandes maestros el espíritu se goza y admira, pero no debe imitar, porque nunca llega á constituirse en modelo el engendro de la parodia; la reproducción de un estilo en esta forma, ni causa novedad, ni provoca un movimiento literario hácia rumbos desconocidos.

La imitación ha dado lugar á cierta decadencia sensible que á su vez ha favorecido á las

importante consecuencia, porque es del conocimiento completo de sus causas reales que

ciencias naturales, casi dueñas ya de los dominios de la poesía. El sentimiento estético va á sentirse dominado por la influencia del criterio científico, que empieza á hacer ruborizar al verso, con muecas de desden. El mundo de la magia intelectual se vé invadido por teorías herbertistas, á las que no habria inconveniente en ceder parte del terreno, si sus extravagantes hipótesis merecieran el desalojo de ideales tan puros como consoladores. Y allí donde el estilo debiera brillar original y fecundo alentando las dulces creencias del alma, y manteniendo en su justo límite los adorables ensueños de la vida, solo se notan esa laxitud y ese cansancio que acusan casi siempre desconfianza en las propias fuerzas, ya que no la impotencia de crear. En el Norte, donde las ideas positivas, el guarismo y el cálculo constituyen el tipo y la fórmula de la actividad individual, y donde las verdades exactas se han abierto camino de una manera práctica, se lee la Biblia, verdadero cosmos literario, y se ama el *estilo* desde que Longfellow, en su *Evangelina*, formó su escuela aparte, su religion del sentimiento y su poesía arrobadora.

La humanidad, ciertamente, se ha dividido en sus tendencias. Hay una parte que aspira á subordinar el estilo á la investigación científica; hay otra, la mas numerosa, que aspira á subordinarlo al sentimiento. Pero estas tendencias no deben ser absorbentes; el entendimiento necesita regla de criterio, la labor moral necesita compensaciones á la ruda batalla por la existencia. Son dos tendencias paralelas, y no hay razon de que una ceda á la otra; la cabeza no puede exigir que calle el corazon, porque el corazon en cambio tendria derecho á hacer sentir su propia pena en la cabeza. En esta brega de vecindad, el músculo tendria que triunfar sobre el cerebro.

El espíritu humano no puede vivir sin verdades; el corazon humano no puede vivir sin emociones.

Este músculo, noble de por sí, latirá siempre para las grandes pasiones, para los intensos cariños, para los adorables amores, mientras el estilo moderno, depurándose de lo impropio y lo exagerado, dignifique su existencia, alienate sus brios y estimule sus elevadas tendencias.

Subordine en tanto el espíritu, ese estilo, á sus investigaciones severas, muchas veces áridas, perniciosas y funestas; pero deje á la mente el consuelo de idealizar lo que él á ocasiones deprime y aja, en obsequio á la hipótesis excéntrica y al prurito de innovar.

Cuántos poemas han salvado á un pueblo del olvido!

cumulus que las engendran, se encuentran divididos en muchos grupos distintos y aislados

Y el estilo impersonal á que nos referimos, sintetizando en sus creaciones todos los ideales de la vida, ¿podrá ser apreciado en el andar de los tiempos, como lo es hoy el del misero juglar, que lo exprimía en cambio de una limosna, á las puertas de la torre del homenaje?

No, porque lo impersonal no muere; sobrevive á todos los errores y falsos prestigios, hace vida comun con el género humano y se identifica con sus destinos.

El estilo suele vivir oscuro lo mismo que el génio que lo inventa y perpetúa, concediéndole toda su potencia virtual; el hombre de mérito suele vestir andrajos, sin que nadie se digne mirarle: es un estilo que no pertenece á su época. Necesita de la sancion póstuma para ocupar el rango eminente.

Whitlocke habla de un *tal Milton*, ciego, á quien se empleaba en traducir al latin el tratado concluido con la Suecia... (1)

Pero la posteridad lo recuerda con admiracion, y acepta como un rocío de consuelo, aquella lluvia de perfumes desconocidos al mundo, que al sacudir sus alas esparcia por do quiera el ángel del Paraiso Perdido.

El estilo en la poesía creadora, es la humanidad íntima y secreta que se refleja en el inmenso espejo del ideal.

¿Qué es la poesía? se preguntaba Byron. La conciencia de un mundo pasado y de un mundo por venir.

Para concluir con ese mundo, la ciencia tendria que anonadar con el sentimiento de lo bello, el poder de la imaginacion. ¿Es esto posible? No, porque la fantasia, mas que una cualidad de la inteligencia, es un complemento necesario del alma humana. La naturaleza imperfecta del hombre necesita de fuerzas combinadas que mantengan su equilibrio; junto á una verdad amarga asoma siempre una dulce ficcion

La verdad descarnada de la ciencia no podrá nunca espantar los blancos fantasmas de la vida; mas fácil parece que en el futuro la ciencia se escriba en verso, que no que el verso se rinda al cáustico idioma de los primeros principios. El sentimiento de lo bello, sin ser precisamente el de la estética de Platon, es un poder misterioso que se anida en el cerebro mismo de los que lo vulneran, y de ellos se venga haciéndolos gozar en silencio del supremo deleite que hermosea y dora las más grandes desventuras de la vida!

Eduardo Acevedo Diaz.

(1) Hume, Hist. de Inglaterra, cap. LXII, pág. 492.